

porales de especialistas, profesores ó investigadores de otros países, en vuestras Universidades. Vuestro presidente consignó ya esa idea en uno de los capítulos de la Memoria en que fundamentaba el proyecto de creación de esta Universidad; y hace pocos meses, la de Buenos Aires confiaba á mi cariñoso amigo, el doctor Bidau, la misión de contratar en Europa cursos especiales de profesores de aquel continente. El terreno estaba, pues, en este particular, excelentemente preparado.

Por otra parte—y á pesar de aquel prejuicio á que antes aludía—también estabais preparados sentimentalmente á una inteligencia particular con nosotros. Sabíamos cuán hispanófilo es el Dr. González, cuyo amor al viejo solar tan persistentes muestras de vida ha dado y cuyo empeño por traer aquí, á su Universidad, profesores españoles en visita más ó menos larga, se había insinuado en muchas ocasiones, incluso en la solemne de un discurso parlamentario (1). Al venir aquí, yo he visto que lo que sabíamos allá unos pocos, lo sabían aquí todos los españoles, quienes no planean manifestación pública de su patriotismo en que le sea lícito participar á un ciudadano de la Argentina, sin dirigir la mirada á ese hombre que tiene corazón bastante para amar intensamente á su patria y á la patria de sus antepasados; pero he visto también que había, difuso y

(1) De este discurso se habla en el libro *España en América*.

latente en el país, un sentimiento de tierna simpatía hacia España, una excelente disposición á intimar con ella, y, sobre todo, ¿por qué no decirlo?, el deseo de que ella misma se adelantase á destruir el prejuicio tocante á su vida intelectual, y con algún acto, con alguna iniciativa, diese motivo á la exteriorización de lo que en el fondo de vuestras almas se agitaba, ganoso de ser confirmado por una positiva realidad. He creído ver, en fin—¿me habré engañado?—que vosotros sufríais también un poco, como nosotros mismos, por ese prejuicio, y que deseabais convenceros de que no era merecido, como desea uno que se desvanezca la sospecha desfavorable que recae sobre alguien á quien amamos y á quien apetecemos contemplar siempre grande y puro.

Así ha sido tan fácil la victoria de la Universidad de Oviedo en su propaganda del intercambio y de la ciencia moderna española, cuya significación, por otra parte, ha cuidado bien de no sacar de sus límites, ni de exagerar con pedanterías de trompa épica, á nadie más nocivas que á la misma España. Y, naturalmente, sin discusión, sin violencia, sin convenio expreso, el intercambio ha comenzado á vivir desde el primer día, y se ha anudado entre vosotros y nosotros el lazo que ambas partes apetecíamos y que es ya irrompible, porque no es lazo de protocolo, sino de brazos hermanos que se anudan al cuello del hermano y contra él se estrechan en cordial apretamiento y saludo.

La obra, sin embargo, no está más que comenzada. Por lo que al intercambio de profesores concretamente se refiere, asegurada ya su continuación (puesto que otros profesores españoles hállanse dispuestos á venir y cuento con la promesa de alguno de los vuestros que nos visitarán en años próximos), queda por establecer formalmente la institución, resolviendo algunos pormenores que se relacionan sobre todo con detalles económicos. No ocultaré que doy poca importancia á la reglamentación y mucha al espíritu y á la buena voluntad, y que temo algo á los artículos que traban con límites infranqueables la vida de las instituciones, cambiante al compás de las circunstancias; pero, en fin, alguna regla habrá que establecer, y esa no la creo difícil; de una parte, porque la autonomía de vuestras Universidades les permite un amplio juego de actividad, y los frecuentes viajes de vuestros profesores á Europa ofrecen ocasiones aprovechables para el intercambio, sin imponer el sacrificio—no siempre posible—de un traslado especial, largo y costoso; de otra, porque si las nuestras no gozan de aquel beneficio, podrán hallar apoyo, así lo espero, ya en nuestra institución de las comisiones y pensiones de estudio, ya en un concurso especial del Estado, cuya necesidad he de encarecer en mi patria y que les permitirá recibir dignamente á sus visitantes. No tengo el menor recelo tocante á las soluciones de este orden; vosotros poseéis un alto sentido de la vida que se llama

práctica, y nosotros un vivo anhelo de que se arraigue el intercambio; unidas ambas fuerzas, el acuerdo se impondrá, ya general, ya particular, con algunas ó alguna de nuestras Universidades.

Por lo que toca al fondo científico del asunto, los principios á que ha de responder me parecen claros, y, por otra parte, los intercambios ya establecidos en Europa ofrecen su experiencia concluyente: preferir el curso más ó menos largo y monográfico, á las conferencias sueltas, y enviar siempre, cada centro, lo que tenga de útil, no empeñándose en una correspondencia exacta de materia por materia, para la que no es seguro que haya siempre hombre á propósito.

Pero las relaciones intelectuales no pueden limitarse á esto, ni aun dentro del campo docente. Es preciso, también, que nuestros estudiantes, que nuestras juventudes, se conozcan y convivan. Hace once años, en un discurso leído ante la Universidad de Oviedo (1), exhortaba yo á nuestros jóvenes estudiosos á venir á América, no en busca de fortuna, sino de contacto en viaje de enseñanza, de experiencia y de fraternidad, y aún más lo he de hacer hoy, que os conozco mejor que os conocía entonces. Las pensiones de estudio en el extranjero á que aludía antes y que entre nosotros se aplican lo mismo á los profesores que á los alumnos de cierta preparación, pue-

(1) Reimpreso en *Cuestiones hispano-americanas*.

den y deben ser orientadas en buena parte (yo, por lo menos, he de intentar que lo sean) hacia la visita á los países americanos, y ellas nos permitirán—mientras más amplias formas no se determinen—enviaros anualmente jóvenes españoles que ensancharán y nutrirán su espíritu en la relación con el vuestro. Por vuestra parte, todavía creo más fácil la ida á España de estudiantes ó de recién egresados de vuestras Universidades, no sólo porque vosotros carecéis de timidez para los transportes á tierras lejanas, sino también porque, con buen criterio, sois generosos para vuestro presupuesto de cultura. El establecimiento de pensiones de trabajo en Europa, sería entonces un seguro medio de animar á vuestra juventud para que conceda á nuestro país algo de la atención que la atrae hacia el continente viejo. En qué límites modestos nuestra enseñanza superior puede satisfacer necesidades intelectuales de los hombres de otros países, yo lo sé bien y con honrada franqueza lo he dicho en letras de molde; pero el «cuánto» es «cuánto» no más, y está lejos de la negación. Lo que nosotros deseamos es que se aproveche lo que tenemos, por poco que sea, en vez de pasar por su lado desconociéndolo en absoluto.

Hay además en España algunos elementos de estudio únicos para los hispano-americanos. Dígalo, por lo menos, el Archivo de Indias. Pues bien; ¿no es lícito pensar que, así como la mayoría de las naciones europeas han establecido en

Roma escuelas ó institutos históricos para estudiar y aprovechar los innumerables documentos del Archivo del Vaticano que encierran noticias de historia mundial, las naciones americanas de tronco español pueden crear en Sevilla otro instituto histórico, para investigar sistemáticamente el archivo más grande de su historia, en que duermen noticias sin cuento, no sólo eruditas, sino de aplicación práctica en problemas palpitantes de su política nacional? ¿Y me negaréis á mí la posibilidad de que vosotros, argentinos, comprendiendo la importancia de la idea, como vuestro espíritu avizor la ha de comprender al instante, no seáis quienes rompan la marcha por este nuevo camino de la obra intelectual y de la tradición americana?

Como éste, hay muchos puntos de contacto entre nosotros, que ofrecen la seguridad de un programa concreto de relaciones intelectuales: desde el cambio de material de enseñanza y estudio para los respectivos museos de Historia y Pedagogía (á la manera que he dicho en alguna de mis lecciones), á la fundación de centros ó asociaciones internacionales de investigación científica, como el reciente Instituto Ibero-Americano de Derecho comparado, en que figuran, por lo que á España toca, los más ilustres jurisconsultos, y que con tanta simpatía ha sido recibido en las naciones americanas. Sobre la base de una absoluta libertad científica, de una independencia que los haga impenetrables á toda limitación del am-

plio espíritu moderno, centros de ese ó análogo carácter pueden ir juntando, en la esfera común y neutral de la investigación, á los hombres estudiosos de habla castellana, como ya juntan en Europa, empresas internacionales de carácter científico, á los trabajadores intelectuales de diversos países.

El mismo idioma que nos es común, nos impone una acción conjunta, de altísima importancia, que algún día hemos de acometer: la de recabar en todos los Congresos internacionales el reconocimiento, á nuestra lengua, de igual categoría que se concede consuetudinariamente á otras. Al Congreso de historiadores de Berlín llevé, hace pocos meses, el proyecto redactado de una moción á eso encaminada; pero la ausencia de delegados americanos, la pequeñísima minoría en que estábamos los congresistas de nuestro idioma, me detuvo. ¿No es exigido que trabajemos unidamente á la primera ocasión en esa empresa que, estoy seguro, no ha de hallar grandes dificultades, puesto que no supone un espíritu de exclusión respecto de otras lenguas, sino sencillamente de admisión de la nuestra?

Y como estas que digo ¡tantas otras cosas, en que sin menoscabo de nadie, sin chauvinismos negadores de otras inteligencias y de otros influjos, podemos relacionarnos y hacer obra común vosotros y nosotros!

Y la haremos, ¿no es verdad? Por lo que á vosotros se refiere, estoy seguro de ello, porque ten-

go fe en vuestra vitalidad intelectual. Esa fe en vuestro porvenir, que alumbra vuestra vida presente y es su mayor fuerza, me la habéis comunicado, y soy creyente firmísimo con vosotros. Mi creencia participa de los caracteres todos de un verdadero acto de fe, puesto que parte de muy poco conocido y afirma todo lo que no ha podido ver.

Porque, en efecto, señores, yo he visto muy poco de vuestra complejidad nacional. De tal manera he querido vivir universitariamente con vosotros, que la Universidad me ha absorbido por entero, y he vivido casi exclusivamente dentro de sus muros durante mi estadía aquí. Me he dado por entero á la cátedra, sin reserva, sin espíritu de cicatería, incluso prodigándome, tal vez con exceso en la opinión de algunos que piensan que prodigarse es gastarse para el efecto sobre el público y la intensidad de la sorpresa intelectual; pero como yo no he pensado en esas cosas, ni poco ni mucho, no he temido tampoco gastarme.

Ahora bien; lo que sí se ha producido es, repito, que durante esos tres meses yo, ni he vivido para mí, ni he podido observar más que una parte de la vida argentina; y he aquí por qué me abstengo de contestar á los que me pedían, ó visiones de conjunto, ó sentencias firmes sobre el país y sobre la enseñanza. Vosotros no podéis satisfaceros, ni con generalidades, que están al alcance de todo el mundo, ni con impresiones par-

ciales, ni menos con lisonjas. Yo soy, por mi parte, inepto para éstas y contrario á aquéllas. He censurado mil veces á los viajeros que, con quince días de recorrido por España, ó un contacto parcial con algunos de los factores sociales, formulan tranquilamente nuestra psicología y dan sentencia absoluta sobre nuestras virtudes y nuestros defectos; y no voy á incurrir ahora en lo mismo que censuro. De hacerlo, no sólo me pondría en contradicción con mis principios, sino que defraudaría vuestro derecho. Tenéis vosotros, como España ahora, y como otros muchos países de nuestro tronco, la ansiedad de conocerlos, de auscultarlos, de penetrar en las reconditeces de vuestro espíritu; y no contentos con vuestra propia observación, pedís la ajena. Está bien; con tal que sea una verdadera, reposada, nutrida observación.

Por otra parte, yo soy tímido para los juicios, y aun diré que, pedagógicamente, rehuyo las más de las veces su exteriorización por miedo de equivocarme y de causar un efecto contraproducente. Porque el juicio de un pueblo es cosa difícil, aun poseyendo todos los datos necesarios. Hay, para él, por de pronto, dos grandes obstáculos: en primer lugar, no se puede juzgar el conjunto sino haciendo abstracción de las excepciones, y entonces éstas se quejan, no solo «personalmente» (esto se puede salvar en todo caso), sino patrióticamente, porque se ven como representación del todo dentro del que han sido posibles; pero si se atien-

de, por el contrario, á este criterio, la masa queda absorbida en la minoría, cuando, precisamente, el problema de una nación está en la masa, y ésta es la que, en los momentos graves, decide con su peso. Aun dentro de las minorías, no se puede juzgar del mundo intelectual de un país tomando como exponente los que bullen y los que trasponen con su obra las fronteras; por lo cual, conocer un pueblo á través de los libros, es sólo conocerlo á medias. Hay que contar también con los retraídos, con los oscuros, con los modestos, que laboran calladamente, y con aquellos cuya acción, por su propia naturaleza, es silenciosa: una suma grande de trabajadores que es preciso sorprender en su rincón, que desde afuera no se ven, y de que yo he sorprendido algunas muestras acá entre vosotros.

Pues bien; observar todo esto, diferenciarlo, aquilatarlo, necesita tiempo y ocasiones múltiples; y yo no he tenido ni lo uno ni lo otro.

Pero supongamos un viajero que esté en situación de formular su juicio. ¿Cómo debe hacerlo? Los interesados suelen pedir absoluta franqueza, sinceridad sin límites. Sin duda esto es bueno; pero ¿es siempre objetivamente recomendable? Notad que digo objetivamente, es decir, pensando, no en el provecho de un hombre, sino en el de un ideal: pongo por caso, el de influir intelectualmente, el de cooperar á la obra de educación. Mirando á esto, creo que conviene proceder con detenimiento.

Claro es que si la franqueza sólo denunciara virtudes y grandes cualidades, no habría más peligro, si acaso, que excitar la vanidad, por lo cual algunos educadores suprimen ó reducen á estrechos límites el elogio de los educados.

Cuando se trata de defectos—¿y quién no los tiene?—la cosa es más grave. Sin duda, es fácil decir: «yo expongo la verdad, y nada importa que recoja en pago resquemores y tal vez odios.» Pero el caso no es ése, no es el personal del censor, sino el de servir de la mejor manera posible el fin educativo que se persigue. Por eso lo que debe uno preguntarse es «qué procedimiento» será el más útil para el propio censurado. Yo dudo mucho que para un pueblo lo sea el del yunque, el de la crítica descarnada, por lo menos sistemáticamente; porque en esa crítica, el pueblo mejor dispuesto á oír verdades, no puede evitar la reacción molesta; y es que toda censura tiene aire de lección y, en el fondo, arguye superioridad que hiere. De ahí que esa forma no pueda usarse sin peligro más que individualmente, y cuando une al crítico con el criticado una relación educativa en que la subordinación procede de la edad ó de una entrega voluntaria del espíritu con propósito de corrección. Por lo demás, uno de vuestros escritores ha dicho esto mismo recientemente: «Nuestros países no reclaman censores rudos que ahoguen en germen todas las tentativas, sino cronistas conciliantes que, teniendo en cuenta las imperfecciones, acojan á los que

luchan con una palabra afectuosa y un saludo cortés.» Todavía un connacional puede, alguna vez, atreverse á ser «censor rudo»; pero quien no lo sea y aspire á colaborar en la obra de cultura, corre riesgo de comprometer el mejor servicio que puede prestar al país amigo.

¿Hay que renunciar, pues, á revelar defectos y á corregirlos en la medida posible? No, sin duda; pero hay otras formas de conseguir eso. Para mí, la eficaz es la advertencia muda, que consiste en hacer como que no se ve el defecto, y en realizar la acción contraria, la buena, en presencia del defectuoso, dejándole entender que se le cree, no sólo capaz de repetirla, sino advertido de que así es como debe hacerse. Si se trata de espíritus vivos, despiertos, anhelosos de subir, entenderán al momento ó á las pocas veces; si se trata de espíritus cerrados, no vale la pena gastar tiempo en intentar una reforma que jamás les hará mella.

Pero dejando estas generalidades y volviendo á mi caso, sospecho que alguno preguntará si me voy de la Argentina sin ninguna observación y carente de todo criterio respecto del presente y del porvenir de su enseñanza. Claro que no. Los que hayan seguido mis lecciones en La Plata y en Buenos Aires, habrán advertido, por lo contrario, que he emitido más de una opinión sobre puntos concretos, de modo que, sumadas todas, algo podrían componer, aunque no fuese un juicio de conjunto. Si á esas observaciones de por-

menor—observaciones de vacíos y observaciones de aciertos y de iniciativas plausibles—quisierais que añadiese otras más generales, yo os diría que vuestra enseñanza tiene, sobre todas, una gran necesidad que es urgente satisfacer, y vuestro pueblo una buena cualidad, tocante á la cultura, que es preciso alentar.

La necesidad, perfectamente advertida por vosotros mismos—y que yo no diga nada nuevo al señalarla, no indica sino que es muy aparente, —consiste en formar vuestro profesorado de una manera sistemática, técnica, profesional, poniendo en esto todo vuestro empeño, y ayudando esa formación con la seguridad de un porvenir económico que os dé derecho á exigirle todo el trabajo útil que debe rendir. Es el mismo problema que tenemos nosotros en todos los grados de enseñanza, y que en vosotros es más agudo en unos que en otros; pero, en todo caso, no podéis continuar reposando sobre las excepciones, aunque tengáis muchas, y confiando en la fuerza heroica de la vocación pura, porque ambas cosas son contingentes, y la segunda de poco aguante. Es preciso acabar de una vez con la improvisación y con el sacrificio superior á las ordinarias fuerzas del hombre... y de la mujer, así como con la dispersión de energía, agotadora y enemiga de la intensidad.

Y esto es tanto más necesario, cuanto que existe en vosotros, en la masa y en los intelectuales, quella buena cualidad á que aludía hace poco.

Es el afán vehemente, la aspiración calurosa de la cultura en unos, de la alta ciencia y la investigación en otros. No dejéis, los que dirijís el país—os lo digo porque os amo—que se agote esa fuerza de vida intelectual que con emoción he observado más de una vez en vuestras maestras y en vuestros maestros, en los niños y en los estudiantes universitarios, en la masa de los obreros manuales, en los círculos más altos de vuestra intelectualidad. Ella es al fin la que importa que exista en un pueblo, porque es la prenda de grandes acciones. Su fructificación en copiosos resultados, que impacientemente solemos pedir todos antes de tiempo, se alcanza de un modo seguro á fuerza de experiencia, de años, de consolidación de ideas propias y de asimilaciones de trabajo ajeno, que van dando al tipo adecuado la solución original para cada necesidad y cada momento de ella. Lo que habéis hecho ya, y me apresuro á decir que no es poco, vale como indicio de lo que haréis, y de que, como es vuestro deseo, sabréis libraros del peligro de la demasiada Beocia, que los pueblos ricos y fáciles en la civilización material tienen siempre suspendido sobre su cabeza.

* * *

Temo que, discuriendo sobre mi imposibilidad de contestar á vuestra pregunta, ésta me haya sugestionado, haciéndome decir más de lo

que me proponía. Sospecho que así ha sido; pero vosotros lo perdonaréis á fuer de causantes.

Y ahora, despedámonos, señores. Pero no lo hagamos con tristeza. Bien considerada la cosa, las despedidas deben ser alegres, porque ellas son prueba de que dejamos tras de nosotros amigos y quizá, en el corazón de éstos, algo de obra hecha, de surco de vida. ¡Desgraciado el hombre que no tiene de quien despedirse! ¡Ese sí que debe estar triste! ¡Pero nosotros!

Por lo que á mi toca, ¿cómo he de irme triste, si la perspectiva de la ausencia está superada por la seguridad de que aquí quedan gentes que pensarán en mí, hombres que hace tres meses eran desconocidos en mi vida, y que ahora tengo unidos á ella por el afecto y por la comunidad de ideales? Mi mundo se ha ensanchado, puesto que en él figuran más amigos que antes; y el anónimo casi absoluto que representaba para mí el pueblo argentino, ha tomado nombres que podré repetir en mis recuerdos, que haré conocer á los que en España forman mi mundo, uniéndolos también á su espíritu y á su acción. Porque cada amigo nuevo es una fuerza en nuestra vida, que actúa aunque no queramos; y si queremos, ¡cuánto más y más hondamente!

Y vosotros habéis tenido, además, la delicadeza de rodearme de todos los motivos que puedan elevar este momento á la categoría de algo inolvidable para mí. Habéis querido que esta fiesta, en que se celebra mi adscripción honorífica á la

Universidad, tenga por escenario la nueva casa de vuestro Colegio, y que sea como su bautizo y su inauguración, para que yo lleve en el alma la idea de esta experiencia interesante en que os habéis empeñado, y que con justicia miráis como capital en vuestra obra educativa. Luego, habéis asociado á este acto la voz de los estudiantes con quienes he vivido durante unos meses, y cuya simpatía, tan grata, suena dulcemente en mis oídos de impenitente soñador de un mañana más grande que el día de hoy, en que nuestros defectos sean corregidos por obra de aquellos ante quienes los confesamos para apartarlos de que los repitan. Hasta habéis consentido que resuene acá el eco de aquella casa ovetense de que salí y por cuyo encargo vengo, juntando de este modo (en forma que, por lo no calculada, parece más henchida de significación y simbolismo) aquel primer momento de mi llegada á Buenos Aires, en que me vi rodeado de antiguos discípulos españoles, representación viva de la bandera ideal de la España nueva, con este último de mi actuación universitaria platense, en que también los veo á mi lado, comulgando en el santo ideal con vosotros. Y, en fin, la intervención de los señores Ministros de Chile y del Perú, añade á este acto una grata y honrosa cooperación, que es prueba anticipada de la acogida favorable de nuestra obra en aquellas naciones. A todos, y por todo, gracias infinitas. Habéis robustecido mis esperanzas en el mañana y mi fe en el esfuerzo bien intencionado; y

eso es todo lo más que los hombres pueden dar á un hombre.

9

Palabras del estudiante D. Julio del C. Moreno.

Al terminar su discurso el profesor Altamira, el alumno de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, D. Julio del C. Moreno, le hizo entrega de un pergamino que, como afectuoso recuerdo, le dedicaban sus discípulos de la Universidad de La Plata, pronunciando con este motivo sentidas palabras.

El señor Presidente dió por terminado el acto, siendo las 4 p. m.—*E. del Valle Iberlucea*, Secretario general.

X

La demostración del Magisterio argentino (1).

La Asociación Nacional del Profesorado tuvo la simpática iniciativa de ofrecer una demostración al profesor D. Rafael Altamira, como homenaje tributado al huésped que ha dejado entre nosotros huella tan honda y luminosa.

La demostración se llevó á cabo el 13 del corriente en el gran salón de actos públicos de la Escuela Industrial de la Nación, que gentilmente el ingeniero Carlos Thays había mandado adornar con gusto exquisito.

Consignamos el hecho con especial regocijo: la demostración que el Magisterio tributó á D. Rafael Altamira, fué un signo indudable de la hermosa solidaridad que puede vincular al Profesorado argentino, si consagra sus energías á cimentar el fondo común de ideales y de aspiraciones que ha de ser fuerza fecunda en el sentido

(1) De *El Libro*, revista-órgano de la Asociación Nacional del Profesorado argentino, número de Octubre-Noviembre, 1909.